

BIBLIOGRAFÍA

teológicos. Hay que valorar en la obra no solo la síntesis conseguida, sino el haber articulado los dos elementos de lo que el autor considera la tradición social católica: los documentos oficiales de la enseñanza social y el conjunto más extenso del pensamiento social elaborado por muchos autores de distintas corrientes. La síntesis deja entrever el contexto anglosajón en que ha sido concebida y elaborada: quizás por eso se presta más atención a la contraposición entre la tradición cristiana y el liberalismo, quedando más en segundo plano la relación con las corrientes socialistas y marxistas. ¿No cabría decir que esta tradición social católica ha ido buscando desde el siglo XIX para acá un punto de equilibrio entre los excesos liberales por una parte y los del socialismo y el marxismo por otra? Quizás ese enfoque daría más cumplida cuenta del complejo proceso que ha vivido la tradición social católica en los últimos 150 años. [Ildefonso Camacho, SJ]

Espiritualidad y Teología

Quadri, L. *Un «conoscitivo amore». La tradizione della vita di S. Maria Maddalena de'Pazzi tra Sei e Settecento*. Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2025. XII+358 p. ISBN 978-88-222-6979-9.

Maria Maddalena de'Pazzi fue canonizada en 1669. En torno a esta fecha hay autores que consideran que se producía el crepúsculo de la mística, que tan floreciente había sido hasta ese momento a partir del siglo XVI. Otros autores se inclinan más bien a afirmar que esta fecha marca, no el final de la experiencia mística, sino una nueva forma de producirse que habría evitado su desaparición. La primera biografía de la santa, obra de Vincenzo Puccini, tuvo un gran éxito, hasta el punto de ser traducida al castellano, el flamenco y el inglés. Por multitud de testimonios se pudo constatar que la fama de santidad de Maria Maddalena se desarrolló de manera constante, perpetua e invariable. A esto contribuyó el que los testimonios favorables no provenían de personas interesadas, sino de personas consideradas «graves», en su mayor parte, dignas de fe, doctrina y bondad, con la misma opinión difundida en todo tipo de eclesiásticos y letrados. Se pudo constatar que el día de su fallecimiento se presentó una auténtica multitud a honrarla como santa. La biografía de Puccini, reimpressa hasta tres veces, tuvo tanto éxito que era muy difícil encontrarla por la celeridad con que la adquiría todo tipo de fieles. Mientras vivía todavía las monjas de su comunidad tomaban nota puntualmente de cuanto ella manifestaba cuando se hallaba en éxtasis, con la particularidad de que, en bastantes ocasiones, transcribían fielmente palabras cuyo contenido se les escapaba. Respecto a su capacidad teológica o exegética las opiniones recabadas son dispares. Hay quienes afirman la valía de sus manifestaciones en estos campos y hay quien desconoce que haya dado muestras de una clara competencia teológica. En 1688 ve la luz la *Vita e Ratti de Santa Maria Maddalena de'Pazzi*, con un contenido enriquecido respecto a la Vida de Vincenzo Puccini, como son los *Quaranta giorni*, experiencia mística de tipo afectivo, los *Estasi* y los *Colloqui*, en los cuales Maria Maddalena manifiesta conocimientos de exégesis bíblica, en continuidad con lo que había sido producido por la mística del siglo XVI. Ya a partir de una biografía de Thomas Smith, titulada *Life of Magdalene of Pazzi*, sus éxtasis empezaron a darse a conocer en el mundo protestante. A todo

esto conviene señalar que la *Vita e Ratti* son obra de un autor anónimo. Lo cual se utiliza en muchos casos (en este con gran probabilidad) para destacar la veracidad de lo que se narra, haciendo del anonimato una especie de transmisión de la opinión general, bastante más convincente que la de un autor determinado. Opinión general que viene reforzada por las manifestaciones de las monjas compañeras de comunidad de la santa como testigos privilegiados de su vida. No hay un autor concreto al que referirse, con lo que las monjas acaban siendo las únicas personas capaces de garantizar lo que transmite esta obra sobre las experiencias místicas de Maria Maddalena, que habría permitido a sus monjas tener acceso al contenido de sus *Estasi* para ser transmitidos a la posteridad. En su caso estamos ante la realidad evidente de que un gran número de monasterios del Antiguo Régimen eran instituciones de alto intercambio intelectual y cultural. [Antonio Navas]

Favale, A. *La génesis del género. Una teoría cristiana*. Madrid: Rialp, 2024. 276 pp. ISBN: 978-84-321-6678-5.

Cuando las teorías lo son de verdad, si son menesteres sinceros y no meras ocasiones para delites y éxitos académicos, entonces tienen su justificación última en la vida de sus autores. Es el caso de la profesora Abigail Favale, cuya vida –confesada generosamente en un libro anterior que alguien debería traducir (*Into the Deep. An Unlikely Catholic Conversion*)– es el marco de sentido –evidente en los capítulos primero y octavo– de las exposiciones y reflexiones que encontramos en *La génesis del género. Una teoría cristiana*.

“Creo que el cristianismo tiene la verdad sobre la sexualidad humana, y he estructurado mi vida en torno a esa verdad” (p. 228). Pero esto lo dice la autora desde la altura vital que ha alcanzado, tras su conversión y maduración católicas, al empezar su treintena. En realidad, Abigail Favale ha nacido y crecido en una familia evangélica, rodeada de una población mormona. Ahora bien, “no era una protestante típica”, una que detestase el supuesto “exceso del catolicismo, sus estatuas llorosas, huesos de santos y sus horripilantes crucifijos” (p. 242). Con el tiempo, conectando este pasado protestante con su catolicismo posterior –y, por entonces, improbable–, la autora dio un paso intermedio en su época universitaria, haciéndose anglicana.

Sin embargo, después se convirtió en una intelectual feminista, una “ideóloga” (p. 13) que, cual “flautista de Hamelin” (p. 33), llevaba a sus alumnos lejos de la fe que en ella se había debilitado. Fue precisamente el protestantismo de su infancia, que no valoraba convenientemente a las figuras femeninas, lo que hizo que el feminismo (aunque no se pueda decir en singular) se le presentase de forma tan atractiva a la profesora Favale. Lo que empezó como un intento de encontrar la interpretación adecuada de la Biblia, de tal manera que sus mujeres quedaran justamente apreciadas, terminó con un juicio posmoderno acerca del cristianismo, entendido como una “narrativa” del poder patriarcal. Por aquel entonces, para Favale, la Tradición de la Iglesia se reducía a esta narrativa triunfal durante siglos, cifrada en unos cuantos extractos patrísticos y misóginos, desafortunadamente sacados de contexto. Por cierto, la visión retrospectiva que Favale tiene de su antigua cosmovisión evangélica, luego sustituida por la feminista, quizá sea una de las síntesis más concisas y potentes acerca de la comprensión deficiente de la

BIBLIOGRAFÍA

Tradición en la que pueden caer a menudo las iglesias separadas. En sus propias palabras: “Mi comprensión de la ‘tradición’ estaba irremediamente empobrecida (...) Me había criado en un rincón del cristianismo que era más o menos ahistórico, que veía a nuestra iglesia local como una extensión perfecta de los primeros cristianos en el Nuevo Testamento. Los siglos intermedios, la elaboración gradual de credos, canon y doctrina, todo esto se omitió por completo. Ni siquiera era conscientemente protestante, ni sabía que el evangelicalismo es en sí mismo una tradición. Conocía bien la Biblia, pero ignoraba su herencia interpretativa. Ingenuamente asumí que mi familiaridad con las Escrituras me convertía en una experta en el cristianismo en general, y apresuradamente construí una versión endeble del espantapájaros, que se podía derribar fácilmente” (p. 20).

Con todo, el Espíritu finalmente encaminó a Abigail Favale hacia la verdad católica; sin prisa, pero sin desvío, le fue recordando todo, guiándola hacia la plena verdad (cf. Jn 14, 26). Según confiesa la propia autora sobre su conversión, “no adopté inmediatamente todas las enseñanzas católicas en mi vida personal” (p. 242), como las relativas a la anticoncepción, el matrimonio homosexual o la ordenación femenina. Repárese en que se trata de enseñanzas relacionadas con la diferenciación de los sexos y, en general, con la antropología filosófica y teológica. Para la autora, este es, precisamente, el gran tema de nuestro tiempo: “en pocas palabras, estamos profundamente confundidos acerca de lo que significa ser un cuerpo. Ya no sabemos quiénes somos como seres sexuados, y esto se refleja en nuestro lenguaje” (p. 160). Es un lenguaje confuso, con significados múltiples e imprecisos y definiciones circulares. En este lenguaje posmoderno, nuestra auto-comprensión se fragmenta y complica: se habla de diversos modos de la identidad de género, la expresión de género, el sexo y la atracción sexual (cf. pp. 169-175, 249). Desde esta perspectiva, nuestro cuerpo ya no es un don del Creador, sino una construcción lingüísticamente manejable en la que la vida personal se despedaza en “una colección de etiquetas cada vez más proliferantes” (p. 154). Mas detrás de la comprensión variada y desorientadora de todas estas categorías están las personas atrapadas por ellas, sufriendo y buscando consuelo y plenitud. “Es posible juzgar si una ideología es verdadera o falsa, pero no podemos juzgar a las personas” (p. 243), piensa Favale de acuerdo con el Magisterio. Y por mucho que, cristianamente, haya que tratar a cualquier persona con amor y respeto, “esto no exime de escrutinio” a nadie en lo que concierne a “la idea que se tiene de persona humana en nuestra cultura” (p. 160). Amar no es validar una mentira, sino estar abierto a la Verdad (cf. p. 236).

Favale no puede sino rechazar la antropología posmoderna del paradigma del género, que considera un descendiente edípico (pp. 35, 62) del feminismo del siglo XX. Puede rechazarla porque la conoce bien; con talento sintético, nos regala un tercer capítulo del libro que incluye una visión panorámica de los feminismos y un resumen conciso de sus olas. Lo mismo hace después con el delicado tema de las llamadas “personas transgénero”, recogiendo historias auténticas e incluso comparando empáticamente la disforia de su depresión posparto con la llamada “disforia de género” (cf. pp. 217-220). En la misma línea, la autora también desmonta convincentemente la habitual referencia a la intersexualidad que desde Fausto-Sterling supuestamente habría servido para mostrar que no hay dos sexos, sino un espectro sexual fluido. Según esta lógica, la propia Favale no sería del

todo mujer por tener más vello corporal –reduciendo errónea y superficialmente la cuestión a una consideración de los caracteres sexuales secundarios (p. 153)–. Sin embargo, tampoco se trata de atender a los cromosomas sexuales: un hombre con síndrome de Klinefelter sigue siendo un varón. Su problema es de fertilidad, no de ambigüedad sexual (p. 144). A última hora, las situaciones en las que el sexo no se identifica con facilidad en realidad son “situaciones extremadamente raras” que “requieren atención médica” (pp. 147, 153). El desarrollo sexual es procesual, y “en cada etapa del proceso, las cosas pueden no salir bien” (p. 145). Pero ese proceso es, en todo caso, el de un varón o el de una mujer. No somos *pigmationes* de nuestra corporalidad sexuada (cf. p. 179) ni, por tanto, nuestra masculinidad o feminidad depende de cómo nos sintamos (cf. p. 176). Ser mujer no es, pues, lo que la mujer hace consigo porque se siente de una cierta manera, socialmente construida (o quizá innata, pero desvinculada del resto de dimensiones antropológicas).

Para Favale, el paradigma del género “crea un cisma entre el cuerpo y la identidad” (p. 139). Frente a ello, desde el catolicismo, es preciso “considerar la persona en su totalidad” psicofísica (p. 138), con una identidad que no se divorcia del cuerpo para rehacerlo lingüística y quirúrgicamente, como tampoco para *hipersexualizarlo* al margen de la fecundidad. Orgánicamente, el cuerpo de la mujer está organizado para engendrar una nueva vida y por esta potencialidad se define, aunque no se actualice. La condición sexuada del cuerpo es, pues, inseparable de la teleología de la persona (p. 256). Así, según la autora, la sacramentalidad de nuestra condición encarnada es fundamental, pues “el cuerpo es la manifestación de la persona” (p. 155; cf. 45, 226). “Cada cuerpo es un icono de Cristo”, “una imagen sacramental del Dios vivo” que nos “revela el misterio sagrado e irrepetible de la persona” (p. 158). Frente a la cosmovisión posmoderna y atea, donde todo es maleable porque carece de un significado intrínseco, “el cuerpo es un don” desde la perspectiva cristiana, porque ha sido creado con sentido, dentro de un mundo ordenado donde todo está relacionado: Dios, el prójimo, yo y la creación entera (cf. pp. 259- 261). Ahora bien, no se dice que sea un don el cuerpo idealizado que casi nadie tiene, sino el limitado y doliente que todos experimentamos de varias maneras y, por tanto, también el supuestamente intersexual (cf. pp. 158, 262). En fin, por último, si entendemos que la complementariedad de nuestra condición sexual es un don creado, en la metáfora de la unión conyugal, intensamente corporal, se espeja la relación de Dios con la humanidad (cf. pp. 268-270). En este signo se apunta al destino divino de la humanidad, sin que ello signifique, por ejemplo, que “todas las mujeres deben ser madres en el sentido literal” (p. 269). Con ello la autora nos recuerda que nuestra condición sexuada es más amplia que la actividad sexual y procreativa y que, por tanto, nuestra masculinidad o feminidad permea en general la manera de vivir corporalmente en medio del mundo. Así, no se trata tanto de las cosas que hacemos (de las funciones sociales, por ejemplo), sino de lo que somos –varones o mujeres– mientras hacemos lo que quiera que hagamos (cf. pp. 77, 265, 270).

En un momento en el que los estudios feministas de género son corrientes e influyentes en las instituciones, lo cierto es que este libro nos ayuda a todos a replantear el lenguaje ya habitual y, con él, la cosmovisión posmoderna del ser humano que se difunde con rapidez gracias a las nuevas formas de comunicación

BIBLIOGRAFÍA

digital. No es difícil leer este libro, siendo conciso y apuntando a lo hondo. La traducción española es, por tanto, un regalo para los hispanohablantes –si bien podría revisarse para corregir algunos errores; por ejemplo, la habitual confusión de ‘sincero’ con ‘honesto’ a la hora de traducir *honest* y *honestly* en las páginas 67, 136, 243, 273, la traducción explícita de los pronombres (“ella”) que en español se suelen omitir (como en las páginas 38 o 248), o la errónea traducción en la página 13 de *in all but* donde dice ‘en todo menos’, significando aquí en realidad ‘casi’ o ‘prácticamente’–.

En general, la fuerza del libro procede en gran medida de su carácter testimonial. Se estructura de forma sencilla en nueve capítulos titulados con unas palabras clave de los mismos y parte principalmente de la irrupción de la teología del cuerpo de san Juan Pablo II en la vida de la autora, convertida a la plenitud católica y transformada por la Gracia. La obra resultante supera la obsesión por la autonomía masculina de una Simone de Beauvoir, resentida por la falta de actividad de su propio sexo, así como descubre la raíz podrida de las filosofías posmodernas que han llegado a admitir incluso la pederastia consensuada (cf. p. 86). Si el paradigma del género es diabólico, el del *Génesis* –al que vuelve Jesús (cf. p. 56)– es simbólico en el sentido fuerte: es sacramental (cf. p. 268). Abigail Favale nos presenta, por tanto, la perspectiva católica de la antropología y, con ella, un nuevo feminismo (cf. p. 32). Para la autora, esto fue la salvación del naufragio vital en el que deben de encontrarse también muchas mujeres, “suspendidas entre el cristianismo y las últimas tendencias feministas” (p. 15) –dos troncos sueltos que, separándose, anuncian un hundimiento inminente–. [David Antonio Yáñez Baptista]

Pérez-Soba Díaz del Corral, J. M.- S. Martínez Cano, eds. *Mujeres entre el anhelo y la acción: Filosofía y mística femenina ante las crisis del siglo XX*. Madrid: PPC, 2025. 141 pp.

El volumen recoge las intervenciones del encuentro convocado por el Real Centro Universitario Escorial-María Cristina y el Instituto de Estudios de la Familia de la Universidad San Pablo en el curso de verano de 2024 celebrado en El Escorial. El resultado es el de un tratado breve pero denso e inspirador.

Ante las catástrofes del siglo XX e inmersos en un siglo XXI en el que vivimos calamidades como las de Palestina y la amenaza de mayores estragos a nivel mundial se hace obligada una reflexión sobre los factores que en el pasado se alzaron para salvaguardar de la ruina lo mejor del ser humano.

Entre esos factores se destacan dos que jugaron articuladamente con una novedad mercedora toda nuestra atención. De una parte, el papel que desempeñó la conciencia de la mujer en lo que constituyó la revolución social más importante del siglo pasado. Por otro lado, la recuperación del anhelo místico como fuerza motriz de la acción política y social.

Ambos factores juegan articulados en esas seis mujeres que son objeto de análisis en el presente volumen. La mística y el compromiso profético, sin el que el anhelo místico quedaría peligrosamente recluido en regresivos interiorismos narcisistas, son puestos de manifiesto en el acercamiento a las biografías y experiencias de estas grandes mujeres que “hacen transitable el futuro”, como titula y analiza José María Pérez-Soba Díez del Corral en el estudio introductorio.

Tras unas reflexiones generales sobre la necesaria actualidad de la dimensión mística (Enrique Somavilla Rodríguez), sobre sus raíces agustinianas (Enrique Gómez García) y sobre la relevancia de las mujeres en este campo (Silvia Martínez Cano), se abren tres apartados en torno a tres temáticas diferentes: la aportación filosófica, la acción social y la experiencia mística en tiempos de crisis. En cada uno de ellos se analizan las aportaciones de dos grandes mujeres. En el primero, se da cuenta de la aportación filosófica, política y mística de Simone Weil (Cristina Basili) y de la “trascendencia mundana” de Hanna Arendt (Aïda Palacios Morales). De la experiencia mística movilizadora de una lucha por la justicia se trata en el segundo bloque con las aportaciones de Dorothy Day (Pepa Torres Pérez) y Madeleine Delbrêl (Tiscar Espigares Pinilla). Por último, se abordan las aportaciones de la experiencia mística como posibilitadoras de un enfrentamiento valiente e integrador ante el horror del Holocausto en las figuras de Etty Hillesum (María José Arana Benito) y Edith Stein (Francisco Javier Sancho Fermín).

Frente a las meras elucubraciones teóricas que tantas veces muestran su esterilidad, aquí encontramos vidas, biografías complejas y singulares, experiencias interiores y testimonios vitales de un compromiso que hace frente ejemplarmente a las amenazas que hoy como ayer cercan la vida, los cuerpos y las almas, en nuestro mundo. Vidas y experiencias que abren también nuevos caminos para repensar las imágenes que nos hacemos del ser humano y de Dios.

No se ha podido pensar mejor la selección de las figuras femeninas a la hora de analizar esta necesaria articulación entre mística y compromiso que estuvo siempre presente en las mejores representantes de la espiritualidad. Quizás se puede echar de menos la figura de María Zambrano que, ausente en este volumen, no faltó, sin embargo, a la cita del encuentro celebrado en el Escorial. Problemas de última hora en la entrega del manuscrito imposibilitaron su incorporación para la publicación. Las aquí estudiadas representan de modo inmejorable un pensamiento contemporáneo que, nutrido con la conciencia del movimiento feminista, potencian al máximo esa articulación entre la experiencia espiritual con el compromiso por la transformación sociopolítica de nuestro mundo. Por otra parte, el papel que ellas desempeñaron en su momento no quedó confinado en el acontecer de sus vidas. Sigue ahí como una incitación a pensar y promover movimientos liberadores en las circunstancias particulares que nos tocan a enfrentar en nuestros días presentes y futuros. Es el propósito bien logrado que nos ofrece esta publicación. [Carlos Domínguez Morano, SJ]

D’Andrea, B. N. «*En el único Cristo somos uno*». *Espiritualidad agustiniana en el corazón de la vida*. Madrid: Editorial Paulinas, 2025.

San Agustín es una de las figuras más atrayentes del cristianismo. Su influjo se deja sentir en cada época, especialmente cuando se viven profundas transformaciones que afectan al ser humano. Su legado filosófico, teológico y espiritual son de tal consistencia que los grandes espíritus no renuncian a confrontarse con él, a veces como con un amigo, a veces como con un verdadero contrincante intelectual. Ciertamente, ante la elección del primer papa agustino, muchos han sentido la inquietud –palabra de profunda resonancia agustiniana– de conocerle o al menos de aproximarse a su figura. El libro de Bruno N. D’Andrea, profesor

BIBLIOGRAFÍA

de Patrología de la Facultad de Teología de la Universidad Loyola, busca promover el conocimiento de la espiritualidad del Hiponense como propuesta de vida cristiana, últimamente exaltada en muchas ocasiones por los pontífices Benedicto XVI, Francisco y ahora León XIV. De hecho, esta es una de las riquezas de este libro: mostrar cómo los últimos obispos de Roma han reiterado la actualidad de muchas de las orientaciones del magisterio agustiniano. Ahora bien, la contribución de este escrito –a nuestro juicio– consiste en la manera accesible y profundamente simbólica de presentar el camino espiritual agustiniano. El autor nos propone entrar en espiritualidad del corazón inquieto y peregrino, que se deja (y a veces se resiste) acompañar por la Trinidad en el camino de la vida. En ella el ser humano se confronta con las preguntas más acuciantes, aquellas que acompañan a la humanidad de todos los tiempos: «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?». Agustín encontró respuestas en el encuentro con el Dios humilde, el Mediador, maestro de humildad. A partir de ese encuentro, dio con el verdadero rostro de Dios, el Padre, fuente de la vida, y se dejó guiar por el Espíritu santificador, quien lleva a cabo la obra de la gracia. Tal encuentro condujo a san Agustín a conocer la espiritualidad eclesial: no existe un Cristo sin carne, sin cuerpo; existe el Cristo total (*Chritus totus*) la comunidad de los hijos e hijas de Dios. Por eso, el autor nos recuerda que somos acompañados y acompañantes, que caminamos juntos, que Agustín no quería salvarse sin sus hermanos: «Lo único que me mueve es que vivamos juntos en Cristo. Esto es todo mi anhelo, mi honor, mi gloria, mi gozo, mi logro. Aunque no me escuchéis, si yo no callo, salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros» (s. 17,2). Por último, habría que subrayar con una alusión a la tercera parte del libro, aquello que D^a Andrea ha querido poner de relieve como una aportación específica de su escrito: que la espiritualidad agustiniana, además de ser trinitaria y eclesial, es social, esto es, incide en la vida comunitaria, en las relaciones, se despliega «en el corazón de la vida». Al santo conocido por la doctrina de la interioridad, tan bien reflejada en *Las Confesiones*, ahora lo conoceremos un poco más por el énfasis de muchas de sus exhortaciones, que recae más sobre la hondura de las tensiones de la vida cristiana, que en un intimismo evasivo, como alguno podría pensar. De hecho, Henri de Lubac decía que Agustín nos advierte de «la tentación de la interioridad pura» (*Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1980, p. 147). En definitiva, y con todo lo dicho hasta aquí, subrayamos el acierto de esta publicación que quiere poner en contacto a san Agustín, su vida y sus textos, con un público que busca respuestas ante los profundos cambios de hoy, que no hacen más que acrecentar la inquietud del corazón humano. [Enrique A. Eguarte, Pontificio Instituto Patristico Augustinianum]

Lazcano, R. *Tesaurus Augustiniano*. Tomo XV. Pozuelo de Alarcón (Madrid): Rafael Lazcano Editorial, 2025, 405 pp.

Con paso firme y rigurosa puntualidad prosigue este *Tesaurus Augustiniano*, la gran obra bibliográfica sobre la Orden de San Agustín y los Agustino Recoletos, con sus ramas femeninas, de España, Portugal, América Latina y Filipinas, que emprendió Rafael Lazcano en 2018 y que hoy llega al tomo XV con 92 bio-bibliografías (de *Moreno Díaz a Orihuela y Valderrama*) y 6415 entradas. Para dar a conocer la metodología seguida en esta obra, basta con describir la que se ha

seguido con el autor principal de este volumen, al que se le dedican 109 páginas a dos columnas: el agustino recoleto san Ezequiel Moreno Díaz (1848-1906), misionero en Filipinas (de 1870 a 1885) y en Colombia (desde 1889), donde ejerció un apostolado relevante como obispo de Pinara y después de Pasto hasta 1896, en que, por un cáncer, tuvo que regresar a España. Beatificado en 1975 por Pablo VI y canonizado en 1992 por Juan Pablo II, es el patrono de los enfermos de cáncer y está incorporado al Propio de la liturgia de España. Tras tres páginas sobre su vida, expuesta con precisión, siguen 2256 entradas bibliográficas, que son muchas más, pues cada una incluye todas sus reediciones. Contiene sus cartas y escritos pastorales, sus obras completas, las ediciones de su epistolario, y sus cartas personales una por una por orden cronológico. Una por una –son 1600– no significa que hubieran sido publicadas individualmente, sino que Rafael Lazcano las ha individualizado y entresacado de las obras en que han aparecido, añadiendo sus reediciones y traducciones. A continuación detalla los documentos de su causa de canonización, para terminar con una veintena de páginas con los escritos sobre san Ezequiel. Las descripciones bibliográficas de cada pieza son completas y muy pormenorizadas.

El mismo procedimiento y el mismo esquema (biografía, obras, fuentes y bibliografía pasiva) se sigue en todos los autores, de los que señalo algunos como muestra. El agustino mexicano Elías del Socorro Nieves (1882-1928), fusilado por fuerzas federales durante la Guerra Cristera y beatificado por el papa Juan Pablo II en 1997. Juan Bautista Moya Valenzuela (1504-1567), nacido en Jaén, misionero en Nueva España, particularmente en la región de Tierra Caliente, entregado al servicio infatigable de las necesidades humanas y espirituales de los indios, cuyo proceso de beatificación se empezó en 1996. Una figura destacada en la Edad Media es la del polifacético Bernardo Oliver (m. 1348), valenciano, profesor de Teología en la Universidad de París, donde escribió el *Tractatus Contra Caecitatem Iudeorum* (1317), y que alcanzó un gran prestigio en la curia pontificia de Aviñón y en la corte de la Corona de Aragón, como embajador de Pedro IV y como obispo de Huesca, Barcelona y Tortosa; de modo que fue el primer agustino español obispo, así como el primer agustino español escritor místico, por su obra *Excitatorium mentis ad Deum*.

Como muestra de la versatilidad de los agustinos podemos presentar a dos autores del siglo XIX: el botánico cordobés José de Jesús Muñoz Capilla (1771-1840), al que se le dedican veintidós páginas, cuyo Herbario Histórico se conserva en la Universidad de Córdoba; y el también cordobés Agustín Moreno (1810-1883), que, tras la desamortización y la excomunión, volvió a su ciudad natal, donde se dedicó a los pobres y marginados, por lo que se le nombró supervisor de las Casas de Beneficencia de la ciudad de Córdoba, miembro de la Junta Municipal de Beneficencia y director del Asilo de la Madre de Dios y de San Rafael.

Es conocida la gran labor misionera que han desarrollado los agustinos en el archipiélago filipino desde el Setecientos, que fue el primer destino de san Ezequiel Moreno. De modo que el Real Colegio Seminario de los Padres Agustinos en Valladolid es conocido como «los Filipinos». El P. Eduardo Navarro (1843-1910), que había sido misionero en Filipinas, se volcó en crear el Fondo *Colección de Filipiniana* en la biblioteca del Colegio de Valladolid. Coetáneo suyo es Conrado Muiños Sáenz (1858-1913), escritor, periodista, crítico literario,

BIBLIOGRAFÍA

poeta, profesor en los Estudios Superiores de El Escorial y director de la revista *La Ciudad de Dios*. Ya en nuestros tiempos, terminemos con Miguel Ángel Orcasitas (1945-), cuya entrega a tareas de gobierno dentro de la Orden, se culminó con el cargo de prior general de los agustinos de 1989 a 2001, precediendo a Robert Francis Prevost, también prior general durante doce años (2001-2013) y ahora Sumo Pontífice como León XIV. [Gabriel M. Verd, SJ].

Quadri, L. *Un «conoscitivo amore»: La tradizione della vita di S. Maria Maddalena de'Pazzi tra Sei e Settecento*. Firenze: Leo S. Olschki Editorie, 2025. XII+358 pp. ISBN 978-88-222-6979-9.

Maria Maddalena de'Pazzi fue canonizada en 1669. En torno a esta fecha hay autores que consideran que se producía el crepúsculo de la mística, que tan floreciente había sido hasta ese momento a partir del siglo XVI. Otros autores se inclinan más bien a afirmar que esta fecha marca, no el final de la experiencia mística, sino una nueva forma de producirse que habría evitado su desaparición. La primera biografía de la santa, obra de Vincenzo Puccini, tuvo un gran éxito, hasta el punto de ser traducida al castellano, el flamenco y el inglés. Por multitud de testimonios se pudo constatar que la fama de santidad de Maria Maddalena se desarrolló de manera constante, perpetua e invariable. A esto contribuyó el que los testimonios favorables no provenían de personas interesadas, sino de personas consideradas «graves», en su mayor parte, dignas de fe, doctrina y bondad, con la misma opinión difundida en todo tipo de eclesiásticos y letrados. Se pudo constatar que el día de su fallecimiento se presentó una auténtica multitud a honrarla como santa. La biografía de Puccini, reimpresa hasta tres veces, tuvo tanto éxito que era muy difícil encontrarla por la celeridad con que la adquiría todo tipo de fieles. Mientras vivía todavía las monjas de su comunidad tomaban nota puntualmente de cuanto ella manifestaba cuando se hallaba en éxtasis, con la particularidad de que, en bastantes ocasiones, transcribían fielmente palabras cuyo contenido se les escapaba. Respecto a su capacidad teológica o exegética las opiniones recabadas son dispares. Hay quienes afirman la valía de sus manifestaciones en estos campos y hay quien desconoce que haya dado muestras de una clara competencia teológica. En 1688 ve la luz la *Vita e Ratti de Santa Maria Maddalena de'Pazzi*, con un contenido enriquecido respecto a la Vida de Vincenzo Puccini, como son los *Quaranta giorni*, experiencia mística de tipo afectivo, los *Estasi* y los *Colloqui*, en los cuales Maria Maddalena manifiesta conocimientos de exégesis bíblica, en continuidad con lo que había sido producido por la mística del siglo XVI. Ya a partir de una biografía de Thomas Smith, titulada *Life of Magdalene of Pazzi*, sus éxtasis empezaron a darse a conocer en el mundo protestante. A todo esto, conviene señalar que la *Vita e Ratti* son obra de un autor anónimo. Lo cual se utiliza en muchos casos (en este con gran probabilidad) para destacar la veracidad de lo que se narra, haciendo del anonimato una especie de transmisión de la opinión general, bastante más convincente que la de un autor determinado. Opinión general que viene reforzada por las manifestaciones de las monjas compañeras de comunidad de la santa como testigos privilegiados de su vida. No hay un autor concreto al que referirse, con lo que las monjas acaban siendo las únicas personas capaces de garantizar lo que transmite esta obra sobre las experiencias místicas

de Maria Maddalena, que habría permitido a sus monjas tener acceso al contenido de sus *Estasi* para ser transmitidos a la posteridad. En su caso estamos ante la realidad evidente de que un gran número de monasterios del Antiguo Régimen eran instituciones de alto intercambio intelectual y cultural. [Antonio Navas]

Historia, Arte y Música

Pagano, S. (a cura di). *Amorevolissimo padre e protettore*. Firenze: Leo S. Olschki, 2025. XII+449 pp. ISBN 978-88-222-6986-7.

San Carlos Borromeo tuvo en gran estima a los Barnabitas (fundados por Antonio Maria Zaccaria) desde el principio y esto lo llevó a proteger a la nueva familia religiosa y hacerle de guía cuando vio que lo necesitaban. Les adjudicó en Milán la iglesia de San Bernabé (San Barnaba), de donde tomaron el nombre con el que se los conoce: Barnabitas. Cuando Carlos Borromeo sentía necesidad de retiro espiritual, se retiraba a la casa de los Barnabitas, en la que ellos le tenían reservada una habitación. Cuando llegó a Milán, el total de miembros de los Barnabitas era de un centenar, entre padres y hermanos. Su pobreza y su austeridad le auguraban un gran éxito a la hora de incorporarlos a la reforma del Concilio de Trento, siendo todavía una congregación que no se había visto afectada por la decadencia de las órdenes monásticas tradicionales. Además, su espíritu de obediencia estricta a las directrices de los superiores aseguraba a Carlos Borromeo que le serían totalmente dóciles, como él deseaba que sucediera, sin voces discordantes que no dependiesen de él como arzobispo. Porque Carlos Borromeo no veía con buenos ojos la autonomía razonable de otros grupos religiosos, como la Congregación del Oratorio, de san Felipe Neri (que tuvo que abandonar la ciudad por su falta de entendimiento con el arzobispo). Tampoco se sentía cómodo con la Compañía de Jesús, por sus iniciativas legítimas. en cumplimiento de su propio papel en la Iglesia. El principal motivo de que contara especialmente con los Barnabitas residía en la forma en que observaban un respeto escrupuloso de la ortodoxia eclesial. En ese momento fueron considerados *coadiutores episcoporum*, ya que Carlos Borromeo los consideraba sujetos válidos para las misiones de predicación a los herejes, reformadores de monasterios masculinos y femeninos, reformadores de la Orden de los Caballeros de Malta, directores de seminarios, de colegios, con gestiones diplomáticas de alto nivel en la corte de los príncipes, con especial atención al mundo de la cultura. Carlos Borromeo se preocupó de mejorar la calidad de los estudios de los Barnabitas, que se limitaban al principio a estudios no demasiado profundos sobre la Sagrada Escritura y que además prohibían a los miembros de la congregación la lectura de libros heréticos o cismáticos así como las artes liberales, entre ellas la filosofía y la poesía, hasta que la preocupación de Pío V por los estudios de filosofía y teología, para combatir las herejías, hizo que los Barnabitas mejoraran seriamente el contenido de sus estudios. La correspondencia que se publica en este volumen es la que mantuvo Carlos Borromeo con diversos Barnabitas. No se incluyen las cartas a otras religiosas o prelados en los que se nombre a los Barnabitas. Los textos se transcriben completos, respetando las particularidades propias de la lengua de cada uno de sus corresponsales. [Antonio Navas]